



¿FIN DE LA DOMINACIÓN CREMATÍSTICA GLOBAL?*

End of the global chrematistic domination?

*Jaime García Neumann***

* Este trabajo ha sido elaborado originalmente en ocasión del homenaje de la Universidad de Valencia, España, al profesor emérito Jesús Ballesteros. El término "crematística", tomado de Aristóteles, ha sido introducido por Ballesteros para señalar la diferencia entre la economía productiva que crea el trabajo humano, y la especulación financiera que multiplica el dinero a partir del dinero.

** Profesor Asociado Universidad de Valencia, Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política. Contacto: jaime.Garcia@uv.es

Resumen:

Este ensayo ofrece un análisis contrastivo sobre el concepto aristotélico de *crematística* y su renacimiento, en la llamada época de la posmodernidad, desde una posición cultural, a partir de un enfoque tecno-economicista en la era de la globalización. Se pone en duda un giro paradigmático y un declive de la crematística, o si se trata de un cambio de poderes desde la geopolítica global. Ello haciendo referencia a un grupo de países denominados “emergentes”, como Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (BRICS) que empiezan a preocupar al neoliberalismo crematístico de los tiempos globales actuales.

Palabras claves:

globalización, BRICS, crisis, geopolítica neoliberal.

Abstract:

The essay aims to make an analysis about the concept of chrematistics and its rebirth, in the so-called postmodern age, from a cultural position and, from a techno-economist approach, it was the globalization. What is questionable is the question of whether a paradigm shift and a decline of chrematistics, or a change of powers from global geopolitics, is being forged. This referring to a group of countries called “emerging” such as Brazil, Russia, India, China and South Africa (BRICS) that with their agreements and collusive actions, begin to worry the chrematistical neoliberalism of current global times.

Key words:

globalization, BRICS, crisis, neoliberal geopolitics.

¿FIN DE LA DOMINACIÓN CREMATÍSTICA GLOBAL?

Para citar este artículo: García Neumann, Jaime. (2016). ¿Fin de la dominación crematística global? En: Revista Académica e Institucional Páginas de la UCP No. 100 (Julio-Diciembre de 2016); pp. 75 - 92.

Primera versión recibida el 6 de junio de 2017. Versión final aprobada el 13 de junio de 2018

Contracultura, globalización crematística y postmodernidad

¿Qué relación hay entre el liberalismo económico y el liberalismo moral? ¿Por qué, tras cuatro décadas de globalización económica y financiera, la concentración de la riqueza y la desigualdad entre grupos, sectores y regiones ha crecido exponencialmente? ¿Qué concepción del hombre y del mundo impera entre los dirigentes mundiales, los formadores de opinión y la cultura de masas, para seguir permitiendo que en pleno siglo XXI, a pesar de los avances tecnológicos, un tercio de la población mundial esté bajo los límites de pobreza, 800 mil en peligro de hambruna, millares de emigrantes y refugiados del tercer mundo se agolpen en las fronteras de los países ricos, huyendo de la miseria y de las guerras? ¿Cuáles son las causas y los orígenes de esta situación y, sobre todo, qué alternativas concretas de solución existen?

Para este ensayo, se parte de los trabajos de Jesús Ballesteros (2000) sobre la estrecha vinculación histórica, epistemológica y, si se quiere, ontológica, entre globalización financiera, contracultura y posmodernidad. En consecuencia, la superación de la crisis económico-financiera y sus dramáticos efectos sociales, políticos e incluso bélicos, será entonces inseparable de un nuevo cambio de paradigma cultural, filosófico y moral.

Al comienzo de “Globalization: From Crematistic Rest to Humanist Wakefulness”, Ballesteros (2012, p. 250) afirma:

La tesis que se quiere mostrar aquí es que en la gestación de esta globalización económica, que ha entrado ahora en crisis, no hay que tener en cuenta tan sólo, como es habitual, los supuestos economicistas del neoliberalismo, sino también -lo que es menos estudiado-, los planteamientos nihilistas de la postmodernidad decadente, ya que estos se encuentran también en el fondo de las propuestas de los neoliberales, como luego veremos.

Y agrega:

Desde este punto de vista nos parece importante añadir a la fecha del 15 de agosto del 71 [fin de los tratados de Bretton Woods que establecían la paridad entre el dólar y el oro], la fecha simbólica del mayo francés del 68. Por otro lado, una y otra fecha están relacionadas, aunque en modo diferente, con la guerra de Vietnam (Ballesteros, 2012, p. 250)

A partir de estas referencias, se propone analizar las circunstancias sociohistóricas de estos cambios y reflexionar sobre las implicaciones epistemológicas y antropológicas de la

vinculación que establece Ballesteros, para ver luego algunos indicios de que la crematística actual puede ser superada por nuevos procesos que están ocurriendo en el mundo.

En primer lugar, la epistemología. Para que el pensamiento filo-jurídico, sociológico o **ético** no sea autorreferencial o no se convierta en una suerte de filigrana de abstracciones interconectadas ajenas a la realidad, debe estar referido a la circunstancia humana y social, y volver a ella para constatar su validez. La referencia histórico-social (explícita o implícita) es entonces el horizonte epistemológico necesario que subyace detrás del pensamiento creativo. De otro modo, la filosofía corre el peligro de convertirse en sofistería y el pensamiento académico pierde validez como herramienta potencial para transformar en alguna medida la realidad circundante. Detrás de las ideas -se dice que afirmaba Hegel-, unos años después vienen los cañones. Más realista y ya en nuestro tiempo, Thomas Kuhn habla de comunidades científicas y “masa crítica”, para explicar la estructura de los avances y las revoluciones en el campo del pensamiento, que es el que guía la acción.

En sus trabajos recientes sobre economía y ética, Ballesteros se refiere a los orígenes, implicaciones y alternativas de la crisis económica que estalló en 2008 y que sigue afectando a millones de personas en Europa y en el mundo. Pero sus raíces se remontan a varias décadas atrás. Ya en su condensado trabajo de 1989, que no dudamos en calificar de visionario, “Postmodernidad: decadencia o resistencia”, Ballesteros se resistía al *mainstream* de la moda filosófica progresista y caracterizaba la corriente académica emergente como “tardomodernidad”, es decir, como excrecencia final y autodestructiva del agotamiento de la modernidad liberal.

Allí, entre otras cosas, afirmaba:

El avance del economicismo como interpretación hegemónica de la realidad humana y social va acompañado en el plano de la realidad fáctica de la degradación del medio ambiente, de la depauperación del tercer y cuarto mundo, del aumento del riesgo de una guerra nuclear y de la generalización de la anomia, y de la alienación (Ballesteros, 2000, p. 12).

Más de un cuarto de siglo después, el diagnóstico se mantiene, gravemente acentuado en sus síntomas: para 2017, en gran parte del mundo el economicismo ha devenido financiarismo; la desigualdad se expresa ahora como el *we are the 99%* contra Wall Street y otros templos del capital; los refugiados del hambre y de las guerras siguen aumentando pese a que encuentran sociedades ricas cada vez más blindadas; el descontento y la anomia producen populismos de signos extremos e inestabilidad en las propias potencias, y los riesgos de conflicto ampliado se llaman ahora Ucrania, Siria o Corea del Norte.

La aparente contradicción entre racionalidad económica y nihilismo cultural, de la mano de Daniel Bell

Para abordar los cambios en la economía y en la sociedad occidental que se dieron en las décadas de los años 60 y 70 del pasado siglo, de los que habla Ballesteros en el texto que comentamos, nada mejor que hacerlo a través del sociólogo estadounidense Daniel Bell, no solo teórico sino testigo de excepción de este viraje histórico (García, 2008).

Para seguir el método de ubicar las teorías y sus pensadores en su circunstancia histórica, habría que decir que Bell fue uno de los jóvenes

intelectuales judíos del City College de Nueva York que, en el contexto de la Guerra Fría, pasó del trostkismo y el anti-estalinismo, a conformar lo que luego sería el movimiento neoconservador, llegando a ser, en palabras de Habermas (1998, p. 1), “el más brillante de los neoconservadores norteamericanos”. Durante una década, en los años 50, trabajó en el imperio editorial Time-Life, que marcaba la pauta de la cultura de masas, y luego fue a Harvard como profesor. Colaboró también en el proyecto de la Guerra Fría en Estados Unidos y Europa, denominado *Congress for Cultural Freedom*, de gran influencia en la época (García, 2008).

Una de sus primeras obras es precisamente “El fin de las Ideologías” (1960), donde anuncia el inminente descalabro de los sistemas de pensamiento cerrados y las ideologías, en particular el marxismo, que han generado grandes conflictos y sociedades totalitarias, ante el avance de las sociedades abiertas y el triunfo final del capitalismo y la democracia. En esto se adelanta varias décadas al planteamiento neoconservador de Fukuyama sobre “el fin de la historia”.

Más importantes para el análisis que nos ocupa son sus dos grandes obras posteriores, concebidas como un proyecto conjunto: “El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de prognosis social” (1973) y “Las Contradicciones Culturales del Capitalismo” (1976).

La primera advierte sobre los profundos cambios que se están produciendo en la economía capitalista avanzada y que significan una nueva forma de capitalismo: la curva de la producción de industrias manufacturas ha llegado a su tope, de manera que los sectores primario y secundario ya no son el motor de la economía sino el sector de servicios, que acogerá a la mayor parte de la población empleada. Pero no cualquier tipo

de servicios: los avances tecnológicos apuntan a una revolución de la información donde el conocimiento y la imaginación son la materia prima productiva en el mundo de la innovación, la gestión a través de las grandes corporaciones y el mundo de las finanzas que mueve todo los procesos globales a una velocidad cada vez mayor. De esta manera, del *homo faber* de la revolución industrial se ha pasado a una suerte de lo que podemos llamar nuevo *homo ludens*:

El hombre como ‘homo faber’ se esforzó por hacer cosas, y cuando las hizo soñó con rehacer la naturaleza (...) La sociedad postindustrial vuelve la espalda a ambas. Los hombres ya no se enfrentan en su trabajo cotidiano a la naturaleza, ya sea esta enemiga o benéfica, y son menos los que ahora manejan artefactos y cosas. La sociedad post-industrial es fundamentalmente un juego entre personas. (...) ¿Crearé este cambio de experiencia un cambio de conciencia y de sensibilidad? (Bell, 1977).

Lo que Bell señala como diagnóstico se corresponde al programa de acción que había lanzado unos años antes desde Berkeley el sociofilósofo Herbert Marcuse, gurú de la “nueva izquierda” de los años 60, del “hipismo” y los movimientos antisistema. Especialmente en sus obras “Eros y Civilización” y “El Hombre Unidimensional”, el escritor de la Escuela de Frankfurt exiliado en Estados Unidos hace una crítica a la totalidad del capitalismo burgués que enajena a los individuos, los castra interiormente y es inmune a la protesta y los intentos de cambio. Propone como alternativa “el gran rechazo”, la ruptura total con el sistema, creando espacios para la liberación de los impulsos reprimidos, las relaciones de juego, la exaltación de la imaginación y lo que denomina “una nueva sensibilidad”, que en su momento, por

las razones que explicaremos luego, se asimiló naturalmente a la contracultura de las drogas (*sex, drugs & rock'n roll*) (García, 2008).

Precisamente esta confrontación cultural y existencial es uno de los temas centrales de Bell (desde una óptica opuesta a Marcuse) en “Las Contradicciones Culturales del Capitalismo”. La sociedad capitalista avanzada ha entrado en una profunda crisis porque sus tres procesos axiales (o esferas weberianas) han entrado en contradicción entre sí: la estructura tecno-económica cuyo medio es la eficiencia y la racionalidad; el orden político cuyo objeto es conjugar la libertad y la igualdad por medio de la negociación y el consenso; y el ámbito de la cultura, que pretende eliminar toda regla para permitir la mayor expresión y autorrealización del individuo.

En particular, la contradicción central entre racionalidad económica e irracionalismo cultural. Bell parte del planteamiento weberiano de que los enormes logros de la modernización capitalista deben su impulso a la “ética protestante” de disciplina, organización racional, trabajo, austeridad y ahorro. Pero una vez logrado el ascenso de la burguesía y las clases medias, el bienestar económico en una sociedad cada vez más secularizada ha creado en las nuevas generaciones un impulso diametralmente opuesto: el modernismo cultural ha generado un proceso creciente de ocio, hedonismo, trasgresión y despilfarro. Dice Bell (1977, pp. 27-28):

Las contradicciones del capitalismo de las que hablo en estas páginas se relacionan con la disyunción entre el tipo de organización y las normas que exige el ámbito económico, y las normas de autorrealización que son ahora esenciales en la cultura. Los dos ámbitos, que estuvieron unidos históricamente para dar

origen a una misma estructura de carácter, la del puritano y su vocación, ahora se han separado. Los principios del ámbito económico y los de la cultura llevan ahora a las personas en direcciones contrarias. Estas contradicciones han surgido primeramente en la sociedad norteamericana y otras sociedades occidentales”.

Sobre esto, dice Habermas (1991, p. 133):

Bell comienza a partir de la pretensión de Max Weber de que, destruyendo la ética protestante, el desarrollo capitalista socaba los prerequisites emocionales de su propia continuidad. Bell explica el patrón autodestructivo de este desarrollo en términos de un desbordamiento entre cultura y sociedad. Analiza la tensión existente entre una sociedad “moderna”, que se desarrolla en términos de una racionalidad económica y administrativa, y una cultura “modernista”, que contribuye a la destrucción de la base moral de una sociedad racionalizada.

Pero tanto, Habermas como Bell sitúan esta contradicción en lo que se denomina como agotamiento o fracaso de la modernidad, que ya fue advertida y preparada por los llamados “maestros de la sospecha” (Marx, Nietzsche y Freud), y cuya superación apunta a transformaciones sociales que respondan no solo a las necesidades materiales de la gente sino a la pérdida de sentido de su existencia.

Bell sitúa esta crisis de sentido de sus contemporáneos recordando obviamente a Nietzsche, para quien la racionalidad de la modernidad deviene nihilismo:

El nihilismo pues, -dice Bell-, es el proceso final del racionalismo. Es la voluntad

consciente del hombre de destruir su pasado y controlar su futuro. Es la modernidad en su forma extrema. Aunque en el fondo es una condición metafísica, el nihilismo impregna toda la sociedad, y en definitiva debe destruirse a sí mismo (...). ¿Es este nuestro destino, el nihilismo como la lógica de la racionalidad tecnológica o el nihilismo como producto final de los impulsos culturales a destruir todas las convenciones? (Bell, 1977, pp. 18-20).

Al final, Bell ubica el problema haciendo una crítica general del proceso de la modernidad ilustrada que ha generado un vacío moral que debe ser resuelto:

El problema real de la 'modernidad' es el de la creencia. Para usar una expresión anticuada, es una crisis espiritual, pues los nuevos asideros han demostrado ser ilusorios y los viejos han quedado sumergidos. Es una situación que nos lleva de vuelta al nihilismo; a falta de un pasado o un futuro, sólo hay un vacío. (...) La filosofía ha reemplazado a la religión, y la ciencia ha reemplazado a la filosofía; pero la ciencia misma se ha dedicado a la búsqueda abstracta del esquema de la naturaleza y no a los fines de los hombres, de modo que no hay guía para la conducta humana (Bell, 1977, pp. 39-40).

El lanzamiento de la era de Acuario para superar la era de Piscis (cristianismo), las sectas asociadas a la contracultura del rock y la difusa espiritualidad del movimiento *new age*, son parte de las alternativas ante la pérdida de sentido y el nihilismo (Ferguson, 1985).

Ballesteros (2000), por su parte, en "Posmodernidad: decadencia o resistencia", presenta una salida, desarrollada con más detalle

en sus últimos trabajos sobre economía. En su obra analiza las tres esferas de la Modernización tecnocrática, la Modernidad política y el Modernismo cultural, distinguiendo también con las palabras, las características y contradicciones de estas dimensiones sociales en el actual mundo globalizado. Las vincula, además, con la filosofía de la posmodernidad, con su disolución de lo real, el instantaneísmo y la evasión hacia el mundo del hedonismo y de las apariencias; es la tardomodernidad o modernidad decadente. A ella opone una respuesta filosófica y moral: la posmodernidad resistente:

Ante la evidencia del fracaso de la idea de progreso como necesidad histórica, existe sin embargo otra postura bien distinta que la del decadentismo. La que se empeña en resistir contra la injusticia, inhumanidad y cretinismo creciente de nuestro mundo y coloca como metas fundamentales la lucha a favor de la paz y contra los bloques militares, la defensa de la frugalidad ecológica contra el despilfarro consumista y de la solidaridad ecuménica contra la indiferencia individualista». Y añade de modo contundente unos parámetros que la sitúan por encima de otras alternativas (incluida la de Bell) y señalan las pautas para un nuevo renacimiento cultural: «En esta posmodernidad como resistencia se sigue creyendo en la razón, en el progreso y en la democracia (Ballesteros, 2000, p. 13).

De la revolución hippie a Silicon Valley

Para ver las circunstancias que rodearon el cambio de paradigma cultural y económico que Ballesteros ubica simbólicamente en las fechas de mayo del 68 y agosto de 1971, conviene compararlo con el período de mayor expansión económica occidental, 1945-1971, o como lo

califica Fourastié (en Ballesteros, 2013, p.56) los “treinta gloriosos”: 1945-1975.

Tales avances, en los que Estados Unidos se convirtió en la primera potencia económica e industrial del mundo, tuvieron como base, en buena medida, la forma como el presidente F. D. Roosevelt enfrentó y superó la crisis financiera de los años 30. Durante los más de doce años de sucesivos mandatos, de 1933 hasta su muerte en abril de 1945, Roosevelt no solo puso bajo control el sistema bancario (*Glass-Steagall Act*) sino que, a través de un programa masivo (*New Deal*) de creación de empleo y construcción de infraestructura (hidroeléctricas, carreteras, puertos, escuelas, hospitales) que modernizó el país y permitió más tarde su exitosa incorporación en la Segunda Guerra Mundial. Su legado internacional queda de manifiesto en su planteamiento sobre “las cuatro libertades” y la preparación de una serie de ambiciosos objetivos para la postguerra, algunos de los cuales vieron la luz luego de su fallecimiento, como la creación de la Organización de Naciones Unidas con sede en Nueva York, los acuerdos de Bretton Woods y la Declaración Universal de Derechos Humanos, promovida por su viuda, Eleanor Roosevelt.

Su sucesor, H. Truman, siguió otro rumbo. Trabajando estrechamente con los británicos inició la Guerra Fría contra el mundo comunista, creando entre otras cosas el Consejo Nacional de Seguridad y la CIA, en paralelo a la creación del MI5 británico, y se inició la llamada *psico war* no solo contra los enemigos externos sino contra potenciales enemigos internos, sobre todo en el mundo cultural y entre la juventud. Parte de ello fueron los procesos del “macartismo” y luego el programa *Cointelpro* del FBI. (García, 2008, pp. 178-183)

Esto es importante para el tema que nos ocupa porque, como lo han confirmado numerosos informes oficiales desclasificados bajo la ley FOIA, un sector importante del “estado profundo” norteamericano estuvo dedicado en los años 50 y 60 a lo que Daniel Bell, entre otros, llamó “ingeniería social”: cambios inducidos en la cultura de masas con fines políticos y estratégicos, justificado como “una batalla sobre las mentes humanas”. Uno de sus teóricos clave fue el sobrino norteamericano de Freud, Edward Bernays y sus trabajos sobre “propaganda”.

En medio de la Guerra Fría, había que impedir que el socialismo imperara como alternativa en el mundo académico y cultural, tanto en Estados Unidos como en Europa Occidental. Para ello se adelantaron varios proyectos, como el Congreso por la Libertad Cultural, que congregó y financió numerosos intelectuales y artistas de Estados Unidos y Europa, entre otros asuntos para mostrar a la vanguardia irracionalista occidental (expresionistas, *undergrounds*, *beatniks*, etc.) como expresión de libertad artística en la literatura, la música y las artes plásticas, ante el trasnochado y académico “realismo socialista”, tal como lo documenta Stonor Saunders (2001) en *La Cía y la Guerra Fría Cultural*.

Otras iniciativas son más opacas, aunque hay algunos hechos que se han ido aclarando con el tiempo. Como el proyecto *gender*, sobre liberación sexual, que incluye la promoción de los falsificados informes Kinsey, financiados por la fundación Rockefeller, sobre el comportamiento sexual del hombre (1948) y de la mujer (1953), y la publicitada ruptura de los mitos sexuales con los libros de Master y Johnson (1966), a partir de la justificación freudiana de autores como W. Reich, de que el control sobre los impulsos sexuales es fascismo y el libre erotismo es democrático.

Es también conocido el proyecto *MK-ultra* de la CIA (1953-1973) sobre experiencias alucinógenas con drogas, incluyendo el LSD, creado en laboratorios y extendido luego ampliamente en los movimientos contraculturales juveniles. Es lo que estaba en las propuestas de gente como Aldous Huxley en “Las puertas de la percepción” (1954), y un desarrollo de lo que había expuesto antes en su novela distópica sobre ingeniería social, titulada “Un mundo feliz”. Huxley, radicado en California, era descendiente de una importante familia británica; su abuelo, el biólogo y reformador social Thomas H. Huxley, es conocido como el “bulldog de Darwin” por su activa defensa de la teoría darwinista y su aplicación a la sociedad, junto con Spencer. El hermano de Aldous, Julian, también biólogo, participaba entonces en la creación de la Agencia de Naciones Unidas para la Educación (UNESCO) en 1958 y fue su primer director general (García, 2008, pp. 191-200).

Otra iniciativa conocida es el *Proyecto Radio*, en conjunto con la universidad de Berkeley en California, sobre la mezcla de la música *country* con ritmos de sectas animistas africanas que generan un estado de trance y otros efectos psicológicos, así como su aplicación en el cine de Hollywood y la música popular. La difusión de la música rock y la aparición de grupos sobrepromovidos, como los británicos *The Beatles* y *The Rolling Stones* (primeros de una larga serie que incluirá después los de *heavy metal*), facilitaron la nueva “industria” de entretenimiento de la música pop, especialmente para la juventud.

De esta manera, si se mira el contenido de estos proyectos se puede concluir que, para mediados de los años 60, el cóctel de *sex-drugs & rock'n roll* estaba preparado para el cambio de paradigma cultural que va a establecer el principio del placer

sobre el principio de realidad (García, 2008, pp. 178-215).

Para 1968, el empantanamiento de la Guerra de Vietnam (538 mil efectivos americanos en el terreno ese año) y lo ocurrido con los asesinatos del presidente J. F. Kennedy (1963), el candidato Robert Kennedy (1968) y el líder negro M. Luther King (1968), habían sumido a la población estadounidense en un estado de desmoralización y pérdida de confianza en las instituciones. Las movilizaciones contra la guerra de Vietnam estaban paralizando y dividiendo al país. En estas circunstancias, la potenciación de la contracultura de los hippies, como lo ilustran los conciertos masivos tipo *Woodstock* (1969) y muchos otros que le siguieron, contribuirían en mayor o menor medida a paralizar y desviar estos movimientos de protesta legítima contra una guerra injusta y a extender la contracultura a nivel mundial.

Ese mismo año, asume el gobierno Richard Nixon con la promesa de solucionar la participación estadounidense en la guerra, lo que no sucederá hasta 1973 cuando su Secretario de Estado, Henry Kissinger, logre un acuerdo de alto el fuego. Lo que sí debe enfrentar Nixon es el gran déficit fiscal y las presiones inflacionarias generadas por la guerra, la más larga y costosa en la historia de Estados Unidos. Con este propósito declarado, en agosto de 1971, decreta la ruptura unilateral de los acuerdos de Bretton Woods, de 1945, que instauraban la paridad entre el dólar y el oro, lo cual convertía al dólar en divisa de reserva de las otras monedas y establecía una paridad fija entre las principales monedas del mundo. De hecho, “el cierre de las ventanillas del oro” fue una forma de evadir el pago de las obligaciones monetarias y financieras del dólar, convirtiendo el sistema monetario mundial en un sistema fiduciario y abriendo la caja de Pandora de la creación de

dinero ficticio para Estados Unidos y el mundo (García, 2011). La conferencia de Rambouillet de los seis grandes (1975) consagrará luego la libre circulación de capitales a nivel global.

Mientras tanto, a nivel privado, el grupo Rockefeller (finanzas con el Chase Manhattan-J. P. Morgan y petróleo con la Standard Oil-Exxon) organiza en 1974 la Comisión Trilateral, para coordinar las estrategias transnacionales de las grandes corporaciones de Estados Unidos, Europa y Japón. En octubre del mismo año se produce la crisis del petróleo a través de la OPEP, que cuadruplica los precios del combustible y genera enormes ganancias para las *seven sisters* petroleras y productores como los saudíes, endeudando a numerosos países. En 1975, con participación de M. Friedman, se organiza en Chicago el mercado internacional de *commodities*, para la especulación y ventas a futuro, entre otros, de los principales rubros alimenticios. En 1980 se lanza el llamado Consenso de Washington, decálogo neoliberal para ser aplicado internacionalmente a través de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y lo que será luego la Organización Mundial de Comercio (García, 2011).

Lo que sucede en esos pocos años es un viraje total de la economía mundial hacia la globalización crematística que ha marcado las últimas cuatro décadas, caracterizada por la desregulación y la economía de casino. El “prohibido prohibir” de los anarquistas y hippies del año 68 se convirtió en la consigna (y la realidad) del neoliberalismo económico instalado ahora en las principales instituciones y corporaciones del poder global. El debilitamiento de los estados nacionales (*minimal state*) hace de los poderes públicos subsidiarios del poder privado, fuera de todo control democrático (post-democracia), y facilita además la aparición de fenómenos

nocivos a la sociedad como las economías sumergidas, especialmente el tráfico de armas y el narcotráfico, estrechamente ligado a las finanzas.

El eje de acumulación y control de la crematística global pasa a ser el binomio City de Londres y Wall Street, junto con sus 60 o 70 paraísos fiscales, en su mayor parte situados en territorios de la *Commonwealth* británica.

Como anunció Bell, en las principales economías occidentales se pasó entonces del *homo faber* al *homo ludens* y de la economía industrial a la de servicios, especialmente las finanzas y las comunicaciones. Un ejemplo ilustrativo es la comparación de lo que ha sucedido en la zona industrial de Detroit con Silicon Valley.

En la década de los 50, Detroit era una de las principales ciudades industriales de Estados Unidos y se le conocía también como “motor city”. La mayor parte de sus casi dos millones de habitantes estaba vinculada a las grandes plantas automovilísticas ubicadas allí, como la Ford, General Motors, Chrysler, etc. que respondían a la demanda no sólo de Estados Unidos sino del exterior. La desregulación de los años 70 y el libre mercado hicieron que la mayor parte de las empresas se deslocalizaran hacia países como Corea, China o México. Luego del año 2000, la población se ha reducido a un tercio, hay más de 40 000 edificios abandonados y en muchas zonas el paisaje urbano es de un pueblo fantasma o asolado por la guerra. En 2013, Detroit se convirtió en la primera ciudad estadounidense en declararse en cesación de pagos.

Silicon Valley, por el contrario, fue en los años 50 un lugar de experimentación de la cercana universidad de Stanford y algunas empresas, por la presencia de silicio para hacer semiconductores. Creció en los años 70, con el surgimiento de

las compañías trasnacionales y el auge de la globalización, que potenció la necesidad de equipos y programas para una información y comunicación cada vez más compleja y rápida, dando lugar a la llamada revolución informática. Allí se establecieron y crecieron grandes empresas, como Apple, Google, Facebook, Intel, Cisco, Yahoo, Oracle, eBay, etc. Es la parte de la economía real desarrollada en las últimas décadas, aunque siempre con un carácter instrumental, es decir, que son de gran importancia para la economía productiva y las comunicaciones pero, en el contexto de la posmodernidad decadente, a menudo se orientan al consumismo, la guerra cibernética, la vigilancia global, los videojuegos y otras formas de entretenimiento ludopático, y a la experimentación transhumanista.

Además, durante un período alrededor del año 2000 se creó una burbuja financiera, entre otras razones por la aparición y desaparición de empresas informáticas con fines especulativos en una suerte de instantaneismo empresarial, lo que ocasionó la llamada “crisis de las punto.com” y el derrumbe del índice Nasdaq, hasta que la especulación y el proceso organizativo empresarial fueron parcialmente regulados (García, 2011).

¿Fin de la dominación crematística global?

Hay diversas razones para creer que el proceso patológico de financiarización de la economía productiva y mercantilización de la sociedad está llegando a su fin. La primera razón es que se basa en una descomunal burbuja de valores ficticios, y toda burbuja por Ley Natural entraña su propia disolución. La segunda es el hecho de que la desigualdad económica y social está avanzando gravemente y los sectores sociales afectados en los países desarrollados se hacen cada vez más conscientes de que su futuro y el de sus familias peligra, lo cual tiende a

expresarse en crecientes cambios políticos, de muy diversas formas. La tercera y más decisiva es que, más o menos dentro del viejo cascarón de la globalización económica neoliberal, se están creando alternativas internacionales con una lógica económica y financiera diferente y superior, que comienzan a dar sus frutos.

Sobre la burbuja hiperinflacionaria que amenaza de manera latente las finanzas mundiales hay que decir en primer lugar que, tras la crisis de 2008, a pesar de las promesas iniciales, no se acometieron soluciones globales. Los Estados asumieron buena parte de la deuda ficticia (en el período total, cerca de 10 billones de dólares) (García, 2011), para evitar el derrumbe de las principales corporaciones “demasiado grandes para quebrar”, según el axioma de la Reserva Federal estadounidense. Pero, a pesar de su opacidad pública, el problema aflora una y otra vez ante casos puntuales como la crisis de la banca italiana y la enorme deuda de valores tóxicos del Deutsche Bank, entre otros.

Otros indicadores del aumento del aire caliente de la burbuja son: la expansión de la masa de dólares estadounidenses en circulación, que creció apenas 55 por ciento entre 1945 y 1965, y para el período globalizador 1970-2001 fue de más de 2 mil por ciento. O la deuda pública de Estados Unidos, que en 1971 era de 436 mil millones de dólares y hoy rebasa los 14 billones de dólares, una parte de cuyos bonos está en posesión de China como principal acreedor. También el hecho de que países que han puesto relativos controles internos a la globalización crematística, como China y Rusia, en sus acuerdos comerciales y con otros países como los BRICS están evitando el uso del dólar como moneda de intercambio. Por el contrario, en la última década, ambas potencias emergentes se han convertido en los principales compradores mundiales de oro para sus reservas: Rusia posee

cerca de 1 393 toneladas de oro (13% de sus reservas) y China, oficialmente 1 743 toneladas (aunque algunos estiman que podrían llegar a 7 000 toneladas), con lo que no se descarta un eventual cambio de sus monedas hacia el patrón oro en un futuro o en caso de crisis global (Larotta, 2017).

En su artículo sobre “La insostenibilidad de la Globalización existente”, Ballesteros (2016) resume las causas de este irracional e insostenible proceso financiero: la creación del dinero de la nada (dinero *fiat*) por parte de los bancos centrales (emisión de dinero), la banca comercial (derivados financieros) y los fondos de inversión, especulando a través de la “banca en la sombra”. El resultado, como señalaba Maurice Allais, no es otro que la subordinación de los estados a los mercados financieros. Ballesteros (2016) cita también a Dani Rodrik para afirmar que:

No es posible seguir con la globalización financiera, si queremos mantener la democracia y el Estado social. (...) La hegemonía del capital ha hecho que éste, al volverse autorreferencial, deje de responder a lo que constituye su sentido, servir a la economía productiva y con ello ha puesto en peligro las condiciones dignas de vida para millones de personas. Por ello debe ser regulado según los criterios de la transparencia y la responsabilidad, para que vuelva a servir a la economía productiva y ésta a su vez a todos los seres humanos.

Precisamente, los efectos sociales de la dominación crematística global constituyen la segunda razón general de su insostenibilidad. Nos limitaremos a resaltar aquí algunos datos sobre la desigualdad global, presentados oficialmente en la reunión de Davos por el informe de OXFAM 2016, “Una economía al servicio del 1%”, basado a su vez en la información altamente confiable, desde

el punto de vista financiero, del *Credit Suisse, Global Wealth Databook 2015*: “La brecha entre ricos y pobres está alcanzando nuevas cotas. Recientemente, Credit Suisse ha revelado que el 1% más rico de la población mundial acumula más riqueza que el 99% restante”. Como muestra, da los siguientes datos:

1. “En 2015, sólo 62 personas poseían la misma riqueza que 3.600 millones, la mitad más pobre de la humanidad. No hace mucho, en 2010, eran 388 personas” (OXFAM, 2016).
2. La riqueza de ese 1% aumentó desde 2010 en 542.000 millones de dólares, un 45%, hasta alcanzar 1,76 billones de dólares. Mientras que, en el mismo período, el poder adquisitivo de la mitad más pobre de la humanidad se redujo en más de un billón de dólares, un 38%.
3. Desde el año 2000, el 50% de la nueva riqueza mundial generada ha ido a las manos de ese 1% dominante, mientras que la mitad de la población mundial sólo ha recibido un incremento del 1%.
4. “El entramado mundial de paraísos fiscales permite que una minoría privilegiada oculte en ellos 7,6 billones de dólares. (OXFAM, 2016)

Las consecuencias de esta desigualdad creciente se muestran, por un lado, en el aumento de la inmigración y los refugiados del hambre y de las guerras; y por otro, en los países desarrollados, en el aumento del paro sobre todo juvenil, los empleos precarios, el empobrecimiento de las clases medias y los recortes al Estado de bienestar. Todo ello está generando gran inestabilidad política y la aparición de movimientos llamados populistas, de diverso signo, pero que indican una secuencia natural de cambios profundos,

incluyendo cambios políticos en la primera potencia mundial y en Europa.

Finalmente, existen alternativas a la hegemonía crematística globalizadora que están emergiendo y consolidándose en medio de la crisis global y son básicamente antagónicas a ella en sus métodos y en sus fines. Nos referimos a iniciativas como los BRICS, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), la Unión Económica Euroasiática, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y, de manera particular, la propuesta china de *One Belt, One Road* (una franja, una ruta), también conocida como “La nueva ruta de la seda”. De esta manera, el eje económico productivo global, entre obstáculos, presiones, desestabilizaciones y amenazas, tiende a desplazarse del Atlántico al Pacífico y, en buena medida, del Norte al Sur. No solo ello, sino que tienden a pasar del puro economicismo y la tecnocracia occidentales, al servicio de la economía productiva y la satisfacción de las necesidades básicas de las regiones más pobres del planeta.

Ello no significa que no existan riesgos, sobre todo por parte de las grandes corporaciones y grupos financieros dominantes, que están por encima de los estados y ven amenazada su hegemonía global, con peligro incluso de una confrontación de grandes proporciones.

Otro peligro, esta vez interno, es que el desarrollo propuesto por estos países se limite simplemente a copiar el insostenible modelo occidental que es economicista, tecnocrático, consumista y excluyente. Es esperanzador ver al menos en los documentos base, declaraciones y tratados de los BRICS; por ejemplo, continuas declaraciones explícitas contra la búsqueda del crecimiento económico *per se* (y la base neoliberal en que se sustenta), y a favor de lo que califican como sostenible, inclusivo, integrador, preservador y

mutuamente beneficioso. Aunque la victoria no está asegurada, sin duda, hay alternativas que están en marcha y suponen un viraje al proceso decadente de financiarización de la economía y mercantilización social, iniciado en 1971.

BRICS es el acrónimo de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, países con economías emergentes que en 2009-2010, luego del estallido de la crisis financiera, decidieron unirse como asociación para promover su desarrollo económico y la cooperación sur-sur, con otras economías de Asia, África y América Latina. En conjunto, las cinco naciones representaban en 2014 el 40% de la población mundial, el 25% del PIB global, el 15% de su comercio y el 40% de las reservas mundiales. En su sexta reunión anual de 2014 en Fortaleza, Brasil, sus jefes de estado se reunieron con los de Latinoamérica agrupados en UNASUR, para fijar líneas de política para proyectos conjuntos de desarrollo inclusivo, en condiciones de igualdad y beneficio mutuo, y preservando el medio ambiente (BRICS, 2014).

Uno de los propósitos declarados de BRICS es la formación de “una nueva arquitectura financiera” (paralela y alternativa a la actual gobernanza crematística mundial), puesta al servicio del desarrollo productivo en proyectos concretos en los países del Sur, con el objetivo explícito de buscar la paz y el desarrollo sostenible para sus pueblos y no el crecimiento económico en sí. Busca además evitar la desigualdad generada por “la volatilidad de los mercados” y la falta de “una regulación efectiva de los mercados financieros”. En este sentido, BRICS ha creado un Nuevo Banco del Desarrollo, con sedes en Shanghái y Johannesburgo, y un fondo de estabilización monetario, denominado Acuerdo de Reservas de Contingencia (CRA), paralelos al Banco Mundial y al FMI, pero evitando cuidadosamente toda confrontación. En 2017, ambos proyectos se encuentran operativos en

su fase inicial, con fondos de 100 mil millones de dólares cada uno. En la última Cumbre celebrada en Goa, India, en octubre de 2016, se acordó crear también una agencia de calificación propia, acorde con sus objetivos, para obviar a las tristemente célebres agencias de calificación privadas del viejo mundo financiero.

Otros parámetros internos de funcionamiento de BRICS es el multilateralismo y la equidad, para evitar el predominio en sus instituciones y proyectos de las economías más fuertes (sobre todo, China) y más bien reproducir en las naciones del Sur aquellas lecciones positivas (evitando los errores) aprendidas del proceso chino, que ha logrado sacar de la pobreza en las últimas décadas a más de 600 millones de personas, adaptándolas a las condiciones de cada región y con la preocupación creciente por el impacto social y medioambiental. Proyectos conjuntos en esta dirección se están iniciando por ejemplo en India, bajo el gobierno de N. Modi, lo que tiende a superar la tradicional rivalidad entre China e India.

Precisamente, la efectiva solución pacífica de los conflictos en cada continente a través de proyectos concretos de desarrollo sostenible es el centro de la actividad de esta organización, como lo muestran los apartados de la Declaración de Fortaleza.

Creemos -afirma entre otros- que BRICS es una fuerza importante para el cambio y las reformas necesarias de las instituciones existentes hacia las más representativas y equitativas, capaces de generar un crecimiento global más inclusivo y proporcionar una gobernanza mundial estable, pacífica y próspera (BRICS, 2014).

En definitiva, aunque el *mainstream* mediático occidental lo suele ignorar, y pese a todo tipo de presiones, se están dando pasos concretos fuera del centralismo occidental para salir de la dominación crematística global, como lo demuestra BRICS.

Otro ejemplo sintomático de alternativas a la hegemonía crematística es el *Asian Infrastructure Investment Bank* o AIIB aprobado en 2014 como institución multilateral de crédito para la infraestructura no solo de Asia sino del mundo en desarrollo y que tiende a convertirse en la mayor institución de este tipo hasta la fecha (Noyola, 2016). Pese a los ataques y reservas iniciales contra la iniciativa, en abril de 2015, unos días antes del límite de su apertura (y contra la posición estadounidense), países europeos como Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y España, y de Oriente Medio como Emiratos Árabes Unidos, entraron a formar parte del AIIB como socios fundadores. Para abril de 2017 tiene ya 70 países como socios signatarios y ha aprobado créditos por 1 700 millones de dólares para 19 proyectos de “infraestructura crítica” que incluyen, por ejemplo, electricidad en Myanmar, carreteras en Pakistán, Bangladesh y Tajikistán, ferrocarriles y puerto en Omán, e infraestructura, agua potable y servicios urbanos de barrios pobres en Indonesia. En un principio, la prioridad declarada es atender las necesidades de “casi 1.500 millones de personas carecen de servicios de saneamiento básico, 260 millones no tienen acceso a agua potable y por lo menos 500 mil que no cuentan con electricidad en sus casas” en la región Asia-Pacífico. AIIB es además una de las principales fuentes de financiación para el desarrollo de la proyectada Nueva Ruta de la Seda (Peraza, 2017).

Son tres los principios rectores fijados en la creación del AIIB: «justicia, equidad y apertura», lo que nos remite a la filosofía económica y la estrategia política seguidas hasta ahora en estas iniciativas, opuestas a la de la especulación financiera atlantista. Sobre la justicia social, hay que decir que es un objetivo general de estas iniciativas. Se suele objetar que, en algunas de estas naciones, como China, no se respetan integralmente los derechos humanos, lo cual es cierto, sobre todo en lo referente a derechos civiles y políticos. Pero -como lo suelen recordar los dirigentes chinos- en materia de derechos básicos, económicos, sociales y culturales, pueden dar lecciones a muchos países occidentales. Por otro lado, debe reconocerse que se trata de un proceso, y la marcha histórica de realización de los derechos humanos no tiene que ser igual en las naciones de economía emergente que en los países occidentales, donde primero se asentaron los derechos civiles y políticos y luego los económicos, sociales y culturales.

En relación con la equidad, hay un principio muy recordado por el presidente chino Xi Jinping, entre otros, que es el de “ganar-ganar” (*win-win*), que se proclama como inspiración para todo el despliegue de la cooperación internacional. Es todo lo contrario al principio colonial del “suma-cero”, por el que la metrópoli crece a costa del empobrecimiento de la colonia y cuya asimetría ha imperado en las relaciones económicas internacionales. La diferencia la suelen reconocer, por ejemplo, los países africanos y latinoamericanos, donde las empresas chinas han desarrollado proyectos en los últimos años: el inversor gana, pero los países clientes también, y con resultados a la vista. El principio *win-win* es atribuido a la filosofía de Confucio y es enteramente compatible con los ideales de las grandes religiones monoteístas, particularmente del cristianismo.

Finalmente, la apertura es la característica más notoria de estas iniciativas, no solo como táctica sino estratégicamente. En primer lugar, se insiste en el multilateralismo y la no confrontación con ningún país o institución internacional; se excluyen también las preconcepciones ideológicas. A pesar de que suele acusárseles de estar creando *de facto* un nuevo Bretton Woods con instituciones paralelas controladas por las economías emergentes, en varios de sus proyectos participan como socios menores, instituciones como el FMI, el BM, el Banco de Desarrollo Asiático, etc., manejados por las potencias occidentales. Aunque en los acuerdos bilaterales se tiende a usar monedas propias o una “cesta de monedas”, en las iniciativas conjuntas se ha optado hasta la fecha por no desechar el dólar como moneda de intercambio.

Otra manifestación de la apertura que se pretende es el rechazo explícito de la geopolítica y la adopción en su lugar, de la cooperación entre naciones y la visión multipolar del mundo. La desconfianza que generan estos proyectos en Occidente se debe precisamente a la óptica geopolítica que aún domina las relaciones internacionales y que en el pasado siglo llevaron a las grandes conflagraciones mundiales y a la Guerra Fría, con los principios imperiales de “dividir para vencer”, amigos y enemigos, darwinismo social, zonas de influencia rivales y “espacios vitales” (el *lebensraum*, de Carl Schmitt). ¿Está la humanidad preparada para tirar por el sumidero, junto con la financiarización crematística de la economía, la geopolítica heredada de la filosofía anglosajona de Hobbes?

El último proyecto que queremos mencionar es el de “Una Franja, Una Ruta” (*One Belt, One Road*), lanzado por el Presidente Xi Jinping en Kazajstán en 2013, para darle contenido a lo que se conoce como la Nueva Ruta de la Seda y que

algunos denominan como el gran plan Marshall para el siglo XXI (Serra, 2016). Se trata de crear corredores de desarrollo económico sustentable a partir de ejes de infraestructura vial (vías férreas, carreteras, canales, puertos y rutas marítimas) que unan Europa con Asia y parcialmente África, para el intercambio comercial, económico y cultural, no solo entre China y Europa sino entre los más de 60 países que atraviesan en su primera fase. En realidad, se trata de cuatro rutas: tres de ellas terrestres que conectan China con Europa (una por Rusia-Polonia, otra por Kazajistán-Pakistán o Afganistán y la tercera por Irán-Irak para continuar por Turquía) y otra terrestre y sobre todo marítima, que la vincula con Asia Central y el Sudeste Asiático, llegando desde allí al África oriental y el Mar Rojo. Además, la ruta de la seda marítima aspira a conectarse con proyectos en África y Latinoamérica, y por el norte con Alaska y Norteamérica, en lo que se conoce como el Puente terrestre mundial. Se trata de un proyecto abierto, donde se ha invitado a participar a los estados y empresas de Europa y Estados Unidos, aunque se desconoce la política que seguirá la nueva administración norteamericana al respecto.

¿Por qué el énfasis en grandes proyectos de infraestructura? Para los países desarrollados, donde el problema es más bien el consumismo y la tecnocracia deshumanizante (y no el acceso al consumo mínimo vital y a condiciones sanitarias básicas), el tema puede parecer ajeno. En Europa, muchos de los canales, puentes, túneles y puertos están construidos desde hace siglos. Pero, para gran parte de las regiones interiores de las nuevas naciones del Sur, casi todo está por hacerse: electricidad, agua potable, vías de comunicación, medios de transporte y, de manera especial, el control de aguas, ya que, por el clima tropical y subtropical, pasan de temporadas de sequías a temporadas de inundaciones. Los proyectos

de infraestructura grandes, además, aportan el máximo beneficio social con el mínimo coste social al mayor número de personas. Desde el punto de vista económico, no solo aumentan la productividad, sino que, por sí mismos, suelen iniciar procesos de producción e intercambio en amplias regiones alrededor de donde se ejecutan, lo que rentabiliza la inversión inicial. Si se hacen correctamente, lejos del afán economicista, no son dañinos para el medio ambiente natural y son necesarios para ayudar a recuperar zonas naturales en peligro y asegurar su preservación.

Sobre la Nueva Ruta de la Seda, hasta comienzos de 2017 China ha invertido más de 50 mil millones de dólares en los países de la Franja y la Ruta, en parte a través de un fondo propio y en parte mediante el AIIB, creando 56 zonas de cooperación económica y cerca de 200 mil empleos. Con otros países, se estima una inversión de 500 mil millones de dólares en los próximos cinco años. España ha expresado su interés en participar, particularmente en la modernización del corredor ferroviario de 13 mil kilómetros que uniría Portugal y España con China, así como en su papel de puente hacia el norte de África e Iberoamérica, y los chinos han manifestado interés en el puerto de Valencia como terminal de la Ruta de la Seda marítima del Mediterráneo. Hay que decir, además, que la reconstrucción de África y Oriente Medio es la oportunidad para Europa, no solo de hacer negocios útiles, sino también de saldar su deuda moral con estas regiones, expoliadas ayer y hoy, revirtiendo a la vez los flujos migratorios forzosos, ya que de allí procede la mayor parte de la marea de refugiados por el hambre y las guerras.

Se trata de un proyecto extremadamente ambicioso que apenas comienza y debe sortear, entre otras cosas, varias zonas de conflictos,

pero para sus impulsores se trata precisamente de brindar alternativas de desarrollo económico sustentable para establecer la paz en regiones como Afganistán, Oriente Medio y las naciones africanas. Como indicaba en 1967 Paulo VI en su carta sobre el “Progreso de los Pueblos”, “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”. Busca además promover el intercambio cultural entre los pueblos para promover sus objetivos comunes. Por todo ello, como señala Raúl Zibechi (2017, párr. 1), la Nueva Ruta de la Seda es “el mejor camino para que una transición de la decadente hegemonía estadounidense hacia una asiática se realice sin una guerra nuclear”.

Un último aspecto, apenas incipiente, de que es posible una superación de la crematística imperante junto con la decadencia contracultural que le acompaña, son los proyectos de algunos de estos países emergentes para el desarrollo espacial. Aparte la estación espacial internacional (ISS) en la que participan, junto con Rusia, astronautas e investigadores de Estados Unidos, Europa, Japón y Canadá, se están adelantando ambiciosos proyectos espaciales por parte de China e India con la cooperación rusa. Además de los logros en tecnología satelital (sobre todo en India), China tiene nuevos observatorios espaciales y la capacidad propia de salir al espacio exterior; ha enviado a la luna naves no tripuladas y ha acordado con la Agencia Espacial Europea trabajar para establecer conjuntamente una colonia en el satélite de la Tierra.

Mirar a los cielos no solamente ha sido una constante de la humanidad para su desarrollo espiritual, sino que permite también ver con mejor perspectiva lo que significa el valor de la existencia humana y la importancia del cuidado de su casa común. En lugar de la dominación crematística, la tecnocracia deshumanizante y el pesimismo contracultural, un cambio de

paradigma cultural puede estarse gestando para las nuevas generaciones ante el reto de utilizar su creatividad científica, tecnológica, artística y humanística en la exploración del sistema solar, para beneficio y progreso de los objetivos comunes de la humanidad. Por todo lo anterior, a pesar de los riesgos, podemos afirmar, con el profesor Ballesteros (2000), que hay motivos para la esperanza.

Referencias

Ballesteros, J. (2000). *Postmodernidad: decadencia o resistencia*. Madrid: Tecnos.

Ballesteros, J. (2010). Globalization: from chrematistic rest to humanist wakefulness. En: J. Ballesteros, E. Fernández Ruiz-Gálvez y P. Talavera, (eds), *Globalization and human rights*, New York, London: Springer Dordrecht.

Ballesteros, J. (2012). La escuela neoclásica, valores y derechos. *Cuadernos electrónicos de filosofía del derecho*, 26, 250-267.

Ballesteros, J. (2013). Contra la financiarización de la economía y la mercantilización de la sociedad. *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad da Coruña*, 1, 55-68.

Ballesteros, J. (2016). La insostenibilidad de la globalización existente: de la financierización a la ecologización de la economía y de la sociedad. Disponible en: <http://jesusballesteros.es/wp-content/uploads/2016/01/JB.La-insostenibilidad-de-la-globalizaci%C3%B3n-existente.2012.pdf>

Bell, D. (1976). *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*. Madrid: Alianza.

- Bell, D. (1977). *Las Contradicciones Culturales del Capitalismo*. Madrid: Alianza. en <https://www.aporrea.org/internacionales/a244672.html>
- BRICS (2014). *VI Cumbre BRICS. Declaración de Fortaleza*. Disponible en: <http://www.nodo50.org/ceprid/spip.php?article1868>
- Ferguson, M. (1985). *La Conspiración de Acuario*. Barcelona: Kairós.
- García, J. (2008). *Los Neoconservadores y el Choque de Civilizaciones: hechos y raíces doctrinales*. Granada: Comares.
- García, J. (2011). La Especulación Financiera como Delito contra la Humanidad. *Via Inveniendi et Iudicandi*, 6(1), 1-49.
- Habermas, J. (1988). La modernidad, un proyecto inacabado. En: *Ensayos políticos*. Barcelona: Península.
- Habermas, J. (1991). El criticismo neoconservador de la cultura en los Estados Unidos y en Alemania Occidental: un movimiento intelectual en dos culturas políticas. En: Guidens, A., Habermas, J., Jay, M., McCarthy, T., Rorty, R., Wellmer, A. y Whitebook, J. (coords.), *Habermas y la Modernidad* (pp. 127-152). Madrid: Cátedra.
- Larotta, J. (2017). Guerra mundial del oro y sus consecuencias para el dólar. Disponible en <http://www.voltairenet.org/article192859.html>
- Noyola, A. (2016). China sacude la mesa del orden financiero mundial. Disponible en <http://www.voltairenet.org/article192859.html>
- OXFAM (2016). *Una economía al servicio del 1%*. Disponible en: https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es_0.pdf
- Peraza, I. (2017). El banco asiático que compite con el FMI. Disponible en <http://www.granma.cu/mundo/2017-02-26/el-banco-asiatico-que-compite-con-el-fmi-26-02-2017-21-02-04>
- Serra, J. (2016). La estrategia china de ‘una franja, una ruta’, posibles consecuencias para España, y oportunidades para las empresas españolas. Disponible en: http://www.iberchina.org/files/2016/obor_serra.pdf.
- Stonor, F. (2001). *La CIA y la Guerra Fría Cultural*. Madrid: Debate.
- Zibechi, R. (2017). La Ruta de la Seda desafía guerras y conflictos. Disponible en: <http://www.lahaine.org/mundo.php/la-ruta-de-la-seda>